

BEGOÑA  
IBARROLA



ILUSTRACIONES MARGARITA MENÉNDEZ

# PLANETA MUSARAÑAS

DESLÉE DE BROUWER



La familia de Mateo era de lo más normal, por eso nadie imaginaba que aquel niño tenía el poder de viajar fuera del planeta Tierra cuando no se encontraba a gusto entre los humanos.

Sus padres se habían dado cuenta de que su hijo, a veces, parecía ausente; su cuerpo estaba a su lado pero su mente había volado lejos, muy lejos, y solo volvía al oír sus gritos.

Para su padre la puntualidad era lo más importante y todas las mañanas le gritaba:

—¡Mateo! ¡Vístete de prisa que vas a perder el autobús!

—¡Mateo! Ahora estás desayunando ¿qué haces mirando a las musarañas?



Mateo casi nunca contestaba, parecía sordo, sin embargo respondía con rapidez cuando algo le interesaba.

Y es que Mateo tenía un gran secreto: en un paseo por el campo había encontrado un artilugio con dos botones. Al pulsar uno de ellos le teletransportaba a otro planeta y al pulsar el otro regresaba. Allí no vivían personas sino musarañas, pequeños y simpáticos animales que lo trataban como si fuera su rey y hacían siempre su voluntad.



En el planeta Tierra las cosas eran bien distintas: tenía que obedecer a todo el mundo porque era el pequeño de la familia. Todos le daban órdenes, su padre, su madre y su hermana, y eso le ponía muy nervioso. Por eso se alegró tanto el día que descubrió cómo viajar al otro planeta, pues aquellas escapadas le permitían relajarse un poco.



—¡Mateo! ¿Por qué no estás atento a lo que haces? Acabas de tirar la mermelada en el mantel.

A su madre las manchas la ponían muy nerviosa, por eso tenía siempre a mano un spray quitamanchas. Si Mateo manchaba su ropa o el mantel, ella echaba el spray y el problema se hacía mayor, pues el quitamanchas olía tan mal que a Mateo le entraban ganas de vomitar. Entonces su madre se ponía aún más nerviosa al pensar en dónde caería la vomitona y salía corriendo a buscar una palangana.

Ahora estaba de vacaciones, así que los gritos mañaneros de su padre le daban una tregua y su madre estaba un poco más tranquila. Se ponía una camiseta y unos pantalones viejos y así podía jugar tranquilamente o tirarse al suelo a ver los bichos.

¡Qué alivio!





Pero su hermana también ponía muy nervioso a Mateo. No entendía por qué no se preocupaba de sus cosas en lugar de perseguirle para ver si hacía algo mal. Se pasaba horas en el baño y hablaba sin parar con sus amigas, aunque eso a él no le importaba mucho, al contrario, eran momentos de paz que aprovechaba para hacer una escapada al planeta Musarañas. Su hermana tenía obsesión por la salud y a menudo le quitaba las chucherías que escondía debajo de la cama.

—¡Son mías! ¡Devuélvemelas! —le gritaba Mateo muy enfadado—. Seguro que tú no te las vas a comer porque no quieres tener caries, pero déjame que me las coma yo, que aún tengo dientes de repuesto.

Y Mateo corría detrás de ella, furioso, hasta que su hermana se las devolvía dándole un discurso sobre los peligros del azúcar y los colorantes.



